

EL ANÁLISIS DE LA ADOLESCENCIA DESDE LA ANTROPOLOGÍA Y LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Anastasia Téllez Infantes¹

Universidad Miguel Hernández de Elche (España)
atellez@umh.es

Resumen

En este artículo presentamos cómo desde la antropología social se analiza la adolescencia como construcción cultural incorporando la perspectiva de género. Nos centramos en las diversas identidades generacionales (adolescentes, jóvenes, adultos, etc.) y de género (masculinidad y feminidad) para reflexionar de manera holística y compleja sobre los valores de los y las adolescentes, el culto al cuerpo, las representaciones ideológicas hegemónicas sobre la juventud, los códigos normalizados de comportamientos, sus lenguajes, el uso que hacen de las NTICs, los tipos de sociabilidad adolescente, la identidad desde un punto de vista cultural, su cosmovisión, las relaciones afectivas-sexuales y las relaciones e identidades de género, entre otros aspectos.

Palabras clave: Antropología cultural; Masculinidades; Feminidades; Identidad generacional; Violencia de género.

Resumo

Neste artigo apresentamos como, a partir do enfoque da antropologia social, se analisa a adolescência como construção cultural, incorporando a perspectiva de gênero. Concentramo-nos nas diversas identidades geracionais (adolescentes, jovens, adultos etc.) e de gênero (masculinidade e feminilidade) para refletir, de modo holístico e complexo, sobre os valores dos e das adolescentes, o culto ao corpo, as representações ideológicas hegemônicas sobre a juventude, os códigos normatizados de comportamentos, suas linguagens, o uso que fazem das novas tecnologias da

¹ Anastasia Téllez, es licenciada y doctora en Antropología Social y Cultural por la Universidad de Sevilla, profesora titular de Antropología Social y Directora del Programa de doctorado de Estudios de la Mujeres, Feministas y de Género y codirectora del Máster Universitario en Igualdad y Género en el Ámbito Público y Privado de la Universidad Miguel Hernández de Elche (España).



informação e da comunicação, os tipos de sociabilidade adolescente, a identidade do ponto de vista cultural, sua cosmovisão, as relações afetivo-sexuais e as relações e identidades de gênero, entre outros aspectos.

Palavras-chave: Antropologia cultural; Masculinidades; Feminilidades; Identidade geracional; Violência de gênero.

Abstract

This article shows how social anthropology discusses adolescence as a cultural construction, incorporating a gender perspective. It focuses on the various generational identities (adolescents, young people, adults, etc.) and gender identities (masculinity and femininity) to make a holistic and complex reflection on adolescents' values, the cult of the body, hegemonic ideological representations associated to youth, the standardized codes of behaviors, their languages, their use of new information and communication technology, types of adolescent sociability, identity from a cultural point of view, their worldview, sexual relations and relationships and gender identities, among other aspects.

Keywords: Cultural anthropology; Masculinities; Femininities; Generational identity; Gender-based violence.

Aproximación Antropológica a la Adolescencia

Analizar el periodo generacional denominado adolescencia desde la disciplina de la antropología social supone reflexionar sobre la construcción cultural de las diversas etapas de edades que cada cultura establece en su organización y jerarquización social. Esto nos lleva a afirmar, en primer lugar, que la adolescencia como la entendemos en las sociedades occidentales en la actualidad no existe en muchas culturas en el momento presente ni se ha definido como ahora lo hacemos en nuestra propia sociedad en periodos no muy lejanos de nuestra historia. Por otro lado, cambian de una cultura a otra igualmente las edades consideradas como propias de la adolescencia y, por supuesto, difieren los rasgos y valores que se le adscriben a esta



etapa generacional. Todo lo cual, nos viene a reafirmar cómo se construye la adolescencia culturalmente y cómo se redefine y remodela constantemente en pro de diversos agentes, motivos y valores sociales.

Así desde un punto de vista antropológico el análisis de la adolescencia nos exige profundizar de manera holística y compleja sobre los valores de los y las adolescentes, el culto al cuerpo, las representaciones ideológicas hegemónicas sobre la juventud, los códigos normalizados de comportamientos, sus lenguajes, el uso que hacen de las NTICs, los tipos de sociabilidad adolescente, la identidad desde un punto de vista cultural, su cosmovisión, las relaciones afectivas-sexuales y las relaciones e identidades de género, entre otros aspectos.

Como afirma Laura Martínez (2011) algunos antropólogos españoles proponen que la antropología, disciplina acostumbrada a trabajar con “otros”, está especialmente provista para plantear y afrontar el reto de deconstruir esa idea de que la infancia/ adolescencia sea un hecho natural y universal. La atención a la diversidad y la importancia, otorgada por la disciplina, a los contextos particulares en el estudio de la infancia tornaron extremadamente problemática la asunción de la universalidad de la progresión de la niñez a la adultez, al considerar la multiplicidad evidenciada desde una aproximación transcultural (Jociles, Franzé, & Poveda, 2011: 20).

Miguel Lorente, delegado del gobierno para la violencia de género del Ministerio de Igualdad de gobierno español, sostiene que “el ser humano, como sujeto social, en una gran parte debe su identidad a la experiencia de un reconocimiento intersubjetivo, es decir, a la idea que cada persona desarrolla sobre lo que piensa que los demás ven y valoran de ella, de ahí la importancia del componente social en general y del elemento grupal en particular para la formación de la conciencia de sí misma como persona, y con ella su identidad, que implica la incorporación de elementos y valores que hasta ese momento podían ser extraños para ella” (2009).

Nuestro análisis sobre la identidad adolescente pasa inevitablemente por un enfoque cultural. En un individuo diversas son las categorizaciones o “etiquetas” que socialmente los demás le adscriben y que él o ella se adscribe igualmente para categorizarlo/a o categorizarse en relación a los demás. Estas categorizaciones a veces dependen de su sexo, edad, color de piel, origen étnico, orientación sexual, profesión, clase social, nivel de estudios, estado civil, religión, etc. Algunas dependen pues de sus roles adscritos (sexo, color de piel, etc.) y otras de los roles adquiridos y por tanto cambiante a lo largo de sus vidas. Y será en determinados contextos y



debido a ciertos elementos catalizadores de identidad donde alguna de estas etiquetas sociales predomine sobre las demás e identifique de forma principal a una persona. Por ejemplo, el hecho de que se sea el único hombre en un contexto donde el resto sean mujeres, hará que de todo lo que esa persona es...lo que lo categorice de cara a los demás sea el ser "hombre". Igualmente, si se es el único adolescente de un grupo de personas adultas, en ese caso su edad adolescente será lo que le distinga y diferencie básicamente en ese entorno social.

Otra de las líneas de investigación que desde la antropología se está desarrollando últimamente en relación a los jóvenes y adolescentes, es el binomio identidad y cuerpo. El denominado culto al cuerpo tan en boga requiere a su vez un análisis de género, pues no afecta de igual modo a las mujeres que a los hombres.

Como bien expone el antropólogo Javier Eloy Martínez Guirao "desde hace unos años el cuerpo se ha hecho cada vez más visible y público, a la vez que objeto de cuidados, reflexión e investigación. Por un lado, la medicina lo ha convertido en su centro de atención. Bajo sus preceptos se regulan desde la cantidad y variedad de comida que se puede ingerir, hasta el ejercicio físico al que se le debe someter. Todo bajo la idea de conservar y preservar la salud, de aumentar con ello la longevidad y la calidad de vida, o lo que es lo mismo mantener la juventud, y en cierto modo, la belleza. Ya superada su larga penitencia que ha sufrido a lo largo de siglos de nuestra historia, los cuerpos aparecen en la publicidad, en el cine y en la televisión, como valorados elementos de ostentación. Nos hallamos en una época en la que el culto al cuerpo impregna hasta los aspectos más sutiles de la cultura. Los gimnasios han proliferado por nuestras ciudades a modo de fábricas, de talleres de cuerpos en los que se cultivan, se modelan y se construyen los cuerpos deseados y deseables para ser exhibidos con orgullo. Y a ellos se acude principalmente a hacer deporte, término que se ha hecho hegemónico y que ha acaparado en su denominación a cualquier actividad corporal motriz que se asimile en nuestra cultura" (Martínez Guirao, 2010: 109).

Este culto al cuerpo influye de manera muy determinante en la autopercepción de los y las adolescentes y la propia construcción de su identidad. Se ve reflejado en ocasiones ya estudiadas en trastornos alimenticios tales como la vigorexia, la anorexia y la bulimia. Y es que "el "culto al cuerpo" es un fenómeno social que ha alcanzado en la actualidad una relevancia sin precedentes en la historia de los países "occidentales". Los discursos relacionados con el culto al cuerpo comprenden

diferentes campos que interactúan como la concepción higienista del cuerpo, la salud corporal, la estética y la importancia de su modelación, el ocio, el éxito, el consumo, el ejercicio físico, el deporte o la orientalización de las prácticas corporales, que otorgan, en muchas ocasiones, al cuerpo, un estatus sacralizado. El “culto al cuerpo” se podría encuadrar dentro de lo que autores como Bellah (1967) o Giner (1993) denominan “religiones civiles”, formas que, en sociedades modernas secularizadas han venido a sustituir a las tradicionales “religiones sobrenaturales” en declive y que lo hacen incorporando a lo profano lo “numinoso” (Martínez Guirao, 2010: 120).

En los últimos años investigadores sociales como sociólogos y antropólogos se cuestionan las inquietudes, motivaciones y el futuro de los jóvenes y adolescentes en España ante la situación de crisis económica y el problema del desempleo actual que les afecta principalmente. Y es que lejos de encontrarnos con jóvenes que hasta hacía poco se les denominaba despectiva e irónicamente “los ni-ni”, pues “ni estudian ni trabajan” porque no querían ni estudiar ni trabajar pudiendo hacerlo, ahora comienza a hablarse de “la generación perpleja” (Salas, & Rusiñol, 2010), como la generación de jóvenes supercualificados, con estudios universitarios que se han quedado “perplejos” ante el grado de incertidumbre que les supone saber y comprobar que sus estudios no les garantizan un futuro ni un empleo, como se les prometía hace no mucho. Sociólogos como Marí-Klose (2006) ya advertían que “la sociedad decía a los jóvenes que esperaran, que todo era cuestión de tiempo, que si trabajabas duramente llegaría la recompensa. Ahora ya no puede garantizarse ni trabajo estable ni casa propia. Ni siquiera que en el futuro cobrarás una pensión”. Nuestros jóvenes están perplejos y se sienten perdidos pues efectivamente los expertos coinciden en que hay ahora una diferencia: el horizonte se ha vuelto más incierto.

En palabras de Javier Salas y Pere Rusiñol (2010) la generación más formada y viajada de la historia de España tiene que luchar contra los peores estereotipos. Pero la gran mayoría de la decena de expertos consultados desde sociólogos hasta publicistas coinciden en que los jóvenes que hoy tienen entre 15 y 29 años (más de ocho millones) reúnen todas las condiciones para impulsar cambios de fondo. Cuentan además con una herramienta poderosa que los aglutina: la tecnología. Pero que nadie espere una revolución. La iGeneración (nativa digital, de Internet, del iPod, del iPad, de ahí el término acuñado originalmente por expertos en EEUU) se lleva demasiado bien con sus padres como para que el cambio sea traumático. Y antes debe dejar atrás la perplejidad.



En el mismo sentido, otros expertos como Julio Camacho, director del Observatorio de la Juventud en España, que lleva 25 años analizando a los jóvenes de este país desde la Administración afirma que no hay adolescente ni joven que no esté en contacto diario con *amigos* virtuales al otro extremo del planeta, a los que además esperan conocer en algún viaje más pronto que tarde. Dirá, este experto que "los jóvenes, que son nativos digitales, han pasado de la aldea global a la comunidad de vecinos global (...) Esta generación tiene todas las características para ser activa y hacer grandes cosas cuando se sobreponga a la perplejidad: cuenta con una tecnología que les sirve de aglutinante y que a los formados en lo analógico nos cuesta entender, tienen valores y se enfrentan a un mundo con graves problemas" (Camacho, 2010).

El antropólogo español experto en los estudios de la juventud, Carles Feixa, reflexiona en un reciente artículo sobre "la metamorfosis de la condición juvenil a partir de tres relatos literarios. El primer relato, el síndrome de Tarzán, fue inventado por Rousseau a finales del siglo XVIII y perduró hasta mediados del siglo XX: según este modelo, el adolescente sería el buen salvaje que inevitablemente hay que civilizar, a un ser que contiene todos los potenciales de la especie humana, que todavía no ha desarrollado porque se mantiene puro e incorrupto. El segundo relato, el síndrome de Peter Pan, fue inventado por los felices *teenagers* de posguerra, y se convirtió en hegemónico en la segunda mitad del siglo XX, gracias en buena parte al potencial de la sociedad de consumo y del capitalismo maduro. El tercer relato, finalmente, que se basa en lo que podríamos denominar el síndrome de Blade Runner, emerge en el final de siglo y está llamado a devenir hegemónico en la sociedad futura. Esta metáfora literaria se ilustra con una reflexión sobre la generación de la red (a la que podemos denominar la generación digital) y con una breve incursión a una de las últimas subculturas juveniles surgidas en Argentina a partir de la pasión por el ciberespacio: los floggers" (Feixa, 2011).

Carles Feixa, como otros expertos en adolescencia y juventud, se pregunta si "es que ese invento de hace un siglo -un periodo juvenil dedicado a la formación y al ocio- empieza a no tener sentido cuando los ritos de paso son remplazados por ritos *deimpasse* y las etapas de transición se convierten en etapas intransitivas, cuando los jóvenes siguen en casa de sus padres pasados los 30, se incorporan al trabajo a ritmos discontinuos, están obligados a reciclarse toda la vida, retrasan la edad de la fecundidad e inventan nuevas culturas juveniles que empiezan a ser transgeneracionales. ¿Asistimos quizá al fin de la juventud?" (Feixa, 2011: 35).



Relaciones de Género en la Adolescencia

En este epígrafe voy definir y deconstruir de forma sintética algunos conceptos claves relacionados con el tema de la igualdad entre mujeres y hombres.

A menudo suelo preguntar a mi alumnado si creen que hombres y mujeres son diferentes, y las respuestas o bien son diversas o no saben qué responder. Esta reacción de desconcierto ante una pregunta tan simple y de fácil contestación, me lleva a pensar que no tenemos claros los conceptos de igualdad, diferencia, equidad, etc. Justo después, cuando por segunda vez, les invito a que contesten a la pregunta formulada como si fuesen niños y niñas de tres años...casi la totalidad de mi alumnado responde tajantemente que sí, que hombres y mujeres sí son diferentes.

Efectivamente, mujeres y hombres son diferentes, blancos y negros, jóvenes y viejos, gordos y delgados, una persona con una discapacidad frente otra que no la tenga, etc... ¡claro que son diferentes! El problema no es que las personas seamos diferentes, sino que sobre ciertas diferencias se construyan y justifiquen las desigualdades sociales. De este modo, invito a que nos refiramos a personas como diferentes, diversas, distintas en un sentido y a personas desiguales en otro.

Cuando nacemos somos macho o hembra de la especie humana, lo que es el sexo biológico. Inmediatamente tanto el personal sanitario como la familia nos adscriben un sexo social (es niño o es niña) lo que supone otorgarle a esa criatura una etiqueta “es hombre” o “es mujer” lo cual le acompañará de por vida pues estará presente a lo largo de toda su existencia en la interacción cotidiana con otras personas y conformará una categorización social que marcará sustancialmente su identidad social.

Por otro lado, estaría el género. El género, igual que el sexo social, es una construcción cultural, pero éste, en nuestra cultura, se denomina género femenino o género masculino². Todo lo que socialmente se considere que es propio de mujeres será catalogado como “femenino” y todo lo que se considere propio de hombres será “masculino”. Así, podríamos hablar de trabajos femeninos y masculinos, coches más femeninos o más masculinos, deportes femeninos y masculinos, etc. Ciertamente, tendemos a generizar dicotómicamente gran parte de nuestra realidad, otorgándoles

² Tengamos presente desde un punto de vista no etnocéntrico, que desde la Antropología social y cultural se ha demostrado empíricamente que en diversas etnias no sólo existe la división dicotómica de género propia de occidente (masculino y femenino) sino que hay tres, cuatro o más construcciones sociales de género.



unas supuestas características masculinas y femeninas a actitudes, olores, profesiones, colores, instrumentos musicales, aficiones, sentimientos, etc. Además, la dicotomía establecida sobre ambos sexos, dará como resultado que un género sea considerado inferior al otro, o al menos, dotado de valores que lo diferencien minusvalorándolo, estableciéndose de este modo unas relaciones de poder no igualitarias (Téllez, 2001).

Como ya he afirmado en otra ocasión (Téllez, 2001) “entre las posibles divisiones sociales sobre las que se construyen las bases de la desigualdad me interesa de forma especial la que se establece en relación a la diferente fisiología de los sexos, es decir, las categorías culturales de género. Porque definiendo que el género, es una de las grandes divisiones sociales que existe en toda sociedad que se refleja de forma directa en el mundo laboral, al constituir una de las bases sobre la que se estructura la división del trabajo. Considero así que las desigualdades basadas en el sexo deben entenderse en el proceso general de creación de otras desigualdades y jerarquías sociales, la mayoría de ellas sustentadas sobre diferencias biológicas”. Del mismo modo, “las categorías de género se han presentado como una construcción social en la que determinados símbolos e ideas han conformado unos modelos de representación ideológica, y (...) en cada cultura que analicemos encontraremos un sistema de género particular. El género, desde mi punto de vista, es una construcción cultural que basa su existencia en las diferencias objetivas que se dan entre los sexos, y es a partir de estas diferencias sobre las que cada cultura determina tanto las categorías de sexo como las de género” (Téllez, 2001).

Hablar de relaciones de género conlleva hablar de relaciones jerárquicas de poder de un género sobre otro, y, en nuestras sociedades occidentales, el femenino está subordinado de diversos modos en esta escala de poder al masculino. Como ya señalara Pierre Bourdieu (1990) “en muchos ámbitos, aún hoy, la dominación masculina está bien asegurada para transitar sin justificación alguna: ella se contenta con ser, en el modo de la evidencia”.

No podemos dejar de lado que nuestra cultura sigue siendo sexista, androcéntrica y patriarcal aunque actualmente para detectar estos sesgos debemos fijarnos en las conductas de las personas a nivel microsociedad. Para ello, invitamos a utilizar el concepto acuñado por Luis Bonino (1995, 1998) de micromachismos. Este autor resalta los comportamientos “invisibles” de violencia y dominación, que casi todos los varones realizan cotidianamente en el ámbito de las relaciones de pareja. En



su opinión, para favorecer la igualdad de género, los varones deben reconocer y transformar estas actitudes, grabadas firmemente en el modelo masculino (Bonino, 1998). Los micromachismos, son las prácticas de dominación masculina en la vida cotidiana, precisamente cimentadas en la sutileza social/cultural como diría Foucault, lo casi imperceptible, lo que está en los límites de la evidencia.

Como explica Luis Bonino (1998) “los micromachismos son microabusos y microviolencias que procuran que el varón mantenga su propia posición de género creando una red que sutilmente atrapa a la mujer, atentando contra su autonomía personal si ella no las descubre (a veces pueden pasar años sin que lo haga), y sabe contramaniobrar eficazmente. Están la base y son el caldo de cultivo de las demás formas de la violencia de género (maltrato psicológico, emocional, físico, sexual y económico) y son las "armas" masculinas más utilizadas con las que se intenta imponer sin consensuar el propio punto de vista o razón. Comienzan a utilizarse desde el principio de la relación y van moldeando lentamente la libertad femenina posible. Su objetivo es anular a la mujer como sujeto, forzándola a una mayor disponibilidad e imponiéndole una identidad "al servicio del varón", con modos que se alejan mucho de la violencia tradicional, pero que tienen a la larga sus mismos objetivos y efectos: perpetuar la distribución injusta para las mujeres de los derechos y oportunidades”.

En la conformación de la identidad adolescente el género juega un papel fundamental. Junto a ello hay que tener muy presente las representaciones ideológicas hegemónicas existentes sobre género y amor en los que se les socializa, pues es a través de ellas y de forma cultural como les seguimos transmitiendo la idea equivocada y machista del “amor romántico”. En este tipo de relaciones de parejas y de relaciones afectivo-sexuales que les inculcamos y que ellos imitan y reproducen como “lo normal y deseable” abundan los micromachismos en la relación de pareja joven. Y no debemos olvidar la importancia de la sexualidad y de las construcciones de género y sexualidad para pensar sobre las relaciones desiguales en la adolescencia.

Nuevos Modelos de Masculinidad y Femenidad

Los adolescentes españoles se encuentran en una encrucijada compleja de diversos referentes identitarios a los que emular. Por un lado, coexisten distintos modelos de masculinidades y feminidades, de identidades de género femenino y masculino en continuo cambio y reformulación. Y estos modelos conviven



simultáneamente dentro de sus mismas familias, de sus grupos de iguales y del contexto sociocultural que los medios de comunicación se encargan de reproducir y valorar. Efectivamente, encontramos, por ejemplo, el concepto tradicional, hegemónico y machista de lo que significa “ser un hombre de verdad” y “ser una mujer de verdad”. En estos modelos tradicionales de identidad de género, la masculinidad se asocia a la hiperactividad y potencia sexual, la fuerza, el valor, la agresividad, el trabajo, la inhibición de las emociones (“los chicos no lloran”, etc.).

Como han analizado diversas antropólogas españolas (Téllez, & Verdú, 2011; Jociles, 2001) la construcción cultural de la masculinidad se sustenta de manera muy frágil en continuas negaciones: se es hombre cuando no se hace cosas de niños, cosas de mujeres ni cosas de homosexuales. Así, podríamos afirmar que “en nuestra sociedad, también podemos detectar esa diferente concepción de la masculinidad y de la feminidad (la primera como más artificial, la segunda como más natural) si paramos en la cuenta de que es muy raro que se dude de la feminidad de una mujer, mientras que la masculinidad de un hombre “está siempre bajo sospecha”, siempre puede sufrir una regresión hacia lo femenino, de ahí que tenga que estar constantemente probándola” (Jociles, 2001).

Como ya señalamos recientemente “la masculinidad como campo de estudio constituye hoy en día un tema de extraordinario interés social, principalmente debido a la vigencia de las transformaciones de los roles de género y los desajustes que se producen dentro de los papeles sexuales tradicionales con respecto a las nuevas formas, más igualitarias, de organización y relación entre mujeres y hombres. “Hacerse hombre”, como “hacerse mujer”, equivale a un proceso de construcción social en el que a lo masculino le corresponden una serie de rasgos, comportamientos, símbolos y valores, definidos por la sociedad en cuestión, que interactúan junto con otros elementos como la etnia, la clase, la sexualidad o la edad y que se manifiestan en un amplio sistema de relaciones que, en nuestra cultura, ha tendido históricamente a preservar la experiencia exclusiva del poder al individuo masculino” (Téllez, & Verdú, 2011).

M^a Isabel Jociles (2001), afirma que “los *Men's studies* (...) van a plantear que no existe la masculinidad, en singular, sino múltiples masculinidades, que las concepciones y las prácticas sociales en torno a la masculinidad varían según los tiempos y lugares, que no hay un modelo universal y permanente de la masculinidad válido para cualquier espacio o para cualquier momento. Kimmel (1997: 49) lo expresa



del siguiente modo: “La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas”.

Del mismo modo, hemos de destacar los trabajos sobre masculinidades de este tipo realizados por el antropólogo norteamericano Matthew Gutmann, quien defiende que “la antropología siempre ha tenido que ver con hombres hablando con hombres sobre hombres; no obstante, es bastante reciente que dentro de la disciplina unos pocos hayan realmente examinado a los hombres como hombres (...) cómo entienden, utilizan y discuten los antropólogos la categoría de masculinidad mediante la revisión de análisis recientes sobre los hombres como sujetos que tienen género, a la vez que lo otorgan” (1998: 1).

Tal y como apunta M^a Isabel Jociles (2001) “a partir de la indicada década de los ochenta, se van a multiplicar las investigaciones orientadas a mostrar empíricamente esa variabilidad de las masculinidades, como es el caso de la que llevó a cabo el antropólogo David Gilmore (1994), que compara las maneras de “hacerse hombre” dentro de una amplia muestra intercultural de sociedades, la que realizó el sociólogo Michael Kimmel sobre la historia de la masculinidad en Gran Bretaña, o la efectuada por Thomas Laqueur (1990) sobre las concepciones del cuerpo y de la diferencia sexual en la historia europea”.

Por nuestra parte, coincidimos con esta antropóloga al defender que “el estudio de la masculinidad implica ir más allá del estudio de los hombres y de la introducción de la variable sexo en los análisis. La masculinidad es un concepto que articula aspectos socio-estructurales y socio-simbólicos, por lo cual exige que se investigue tanto el acceso diferencial a los recursos (físicos, económicos, políticos, etc.) como las concepciones del mundo, las conductas, el proceso de individuación y la construcción de identidades” (Jociles, 2001).

Las personas adolescentes de hoy se encuentran ante varios modelos de identidades masculinas y femeninas, que lejos de contraponerse, coexisten en la realidad, en ocasiones dentro de la misma familia o grupo de iguales. Para ellos, que se encuentran en plena formación y reivindicación identitaria, los modelos de género son básicos a la hora de estructurarse como personas sociales. Es más, por ejemplo, en una misma mujer, se pueden alternar y manifestar simultáneamente aspectos de una feminidad más tradicional con otros de una feminidad más moderna e igualitaria.



Igual puede ocurrir en el caso de un hombre, donde algunas características sean más acordes con el modelo tradicional de la masculinidad machista, y otras concuerden con los nuevos modelos de masculinidades de hombres más igualitarios.

La Violencia de Género entre Adolescentes

En este apartado, queremos adentrarnos en una de las manifestaciones quizás más preocupantes que se está dando entre los adolescentes en España como fruto de la desigualdad de género machista que aún existe. Nos referimos a los casos de violencia de género en parejas adolescentes.

En relación al tema de la violencia de género entre adolescentes, en noviembre de 2012 la presidenta del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género del Gobierno de España, Inmaculada Montalbán, afirmaba en su informe³ que desde 2007 a 2011 ha crecido un 24% los menores de 18 años enjuiciados y acusados por delitos y faltas relacionadas con la violencia machista. A su vez, ha incidido en la importancia del trabajo educativo con los menores para evitar comportamientos machistas, ya que se trata de adolescentes entre 14 y 17 años.

Aunque en países como Estados Unidos y Canadá los programas de prevención de la violencia de género dirigidos al alumnado de secundaria comenzaron a desarrollarse a mediados de la década de los ochenta, en España, y a partir de la aprobación de la *Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género*⁴ comienzan a realizarse de manera más significativa estudios desde diversas disciplinas sobre el fenómeno de la violencia de género entre parejas adolescentes.

Efectivamente, diversas son las investigaciones (Hernando, 2007; Diaz-Aguado, & Carvajal, 2011; Moreno, & Vélez, 2008⁵) que se interesan de forma novedosa en la prevención de la violencia de género entre chicos/as de 14 a 18 años en centros educativos de educación secundaria⁶ centrándose en “programas diseñados para

³ <http://www.elmundo.es/elmundo/2012/11/21/espana/1353510380.html?cid=GNEW970103>

⁴ Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. <http://www.boe.es/boe/dias/2004/12/29/pdfs/A42166-42197.pdf>

⁵ La investigación llevada a cabo en 2008 y titulada “Análisis de la violencia hacia las niñas en la escuela primaria” dirigida por Emilia Moreno Sánchez de la Universidad de Huelva (España) revela que la mayoría de los agresores son niños y la mayor parte de las víctimas, niñas. “En las entrevistas en profundidad hemos comprobado que ellas van asumiendo desde niñas el rol de víctimas, tienen que ser sumisas; mientras que los niños, ante un problema, responden: pego a quien sea”, explica la directora del trabajo.

⁶ En la propia Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género se explicita al respecto:



conseguir cambios en las actitudes individuales, los conocimientos y las habilidades de los estudiantes, con los objetivos de lograr eliminar los mitos e ideas erróneas subyacentes al fenómeno de la violencia de género, así como capacitar al alumnado para detectar y reconocer el maltrato físico, psicológico y sexual” (Hernando, 2007: 325).

Como afirma este autor (Hernando, 2007: 326) “la violencia que se ejerce en las relaciones de noviazgo, relaciones que comienzan cada vez a una edad más temprana (Price y Byers, 1999), no es excepcional y se ha encontrado que ésta, en las relaciones de pareja de adolescentes, al igual que la violencia de género en adultos, se extiende en un continuo que va desde el abuso verbal y emocional, hasta la agresión sexual y el asesinato; es un grave problema que afecta de forma considerable la salud física y mental de los y las adolescentes (Makepeace, 1981)”.

La violencia de género entre parejas adolescentes y jóvenes se ha dado desde hace mucho tiempo, aunque en España, es en los últimos años cuando comienza a plantearse y visibilizarse más como un problema social. Su explicación hay que buscarla en gran medida en los micromachismos que anteriormente hemos comentado y en la idea que sobre el amor romántico y ciertas características a él asociado transmitimos sexista y erróneamente a nuestros chicos y chicas a través de los diversos agentes socializadores (familia, escuela, religión, medios de comunicación, etc.). Aún así, “a pesar de las altas prevalencias encontradas, el problema de la violencia de género aparece como algo invisible y minimizado a nivel social; está tan arraigada y presente en la sociedad que nos cuesta identificarla, ha existido siempre, y lo nuevo es verlo como violencia y no aceptarla (Alberdi, & Rojas, 2005). La normalización de la violencia de género en la adolescencia es mayor si cabe que en otras edades, ya que ellos y ellas son capaces de describir la violencia, conocen casos de violencia de género, pueden identificarla sobre el papel pero, en general, creen que se trata de algo que sólo le ocurre a mujeres mayores que ya están casadas. Además, se da la circunstancia de que determinados comportamientos, que

“En el título I se determinan las medidas de sensibilización, prevención y detección e intervención en diferentes ámbitos. En el educativo se especifican las obligaciones del sistema para la transmisión de valores de respeto a la dignidad de las mujeres y a la igualdad entre hombres y mujeres. El objetivo fundamental de la educación es el de proporcionar una formación integral que les permita conformar su propia identidad, así como construir una concepción de la realidad que integre a la vez el conocimiento y valoración ética de la misma”.

“En la Educación Secundaria se incorpora la educación sobre la igualdad entre hombres y mujeres y contra la violencia de género como contenido curricular, incorporando en todos los Consejos Escolares un nuevo miembro que impulse medidas educativas a favor de la igualdad y contra la violencia sobre la mujer”.



están en la base y en el inicio del problema, como los celos y el control exagerado, para muchos adolescentes son síntomas de amor y preocupación por la pareja y no lo ven como el posible germen del problema. Las razones para disculpar la violencia están presentes en nuestros jóvenes y ellos siguen los mismos mitos y falsas creencias sobre el tema, tal y como corresponde a los roles sociales de la comunidad en la que están insertos” (Hernando, 2007: 327). Por ello, la prevención de todas las formas de violencia de género comienza por la educación en la igualdad (Alberdi, & Rojas, 2005).

Efectivamente, opinamos que “no se podrá disertar sobre violencia de género sin asumir su raigambre histórica como fuente de su transmisión generacional que aún reciben nuestras jóvenes. Sólo así es posible comprender cómo se debe a ideología del Patriarcalismo el establecimiento de las condiciones que están permitiendo compaginar el discurso de las nuevas ideas, fruto de la evolución de las costumbres en la actual juventud y los avances de la civilización, con el mantenimiento sin embargo de los intereses del predominio masculino que impiden una transformación efectiva en las nuevas generaciones. Dominar esta problemática requiere abordar, tanto el aprendizaje de la violencia sexista en la etapa infantil, como los mecanismos que impiden a la joven de hoy adquirir su propia identidad; pues la resiliencia o capacidad de eludir la presión de la violencia esquivándola como posibilidad preventiva tiene un carácter excepcional” (Pérez del Campo, 2009).

M^a José Díaz-Aguado (2002) recomienda adecuar la intervención a las características evolutivas de la adolescencia, ayudar a construir un currículum no sexista que supere la tradicional invisibilidad de las mujeres y enseñar a construir la igualdad a través de la colaboración entre alumnos y alumnas, detectando y combatiendo los problemas que conducen a la violencia de género, así como favorecer cambios cognitivos, emocionales y de comportamiento.

En palabras de algunos expertos sobre violencia de género y adolescencia “no existen actualmente en España programas específicos para agresores de género jóvenes que les asistan en identificar la violencia que ejercen, responsabilizarse de ella y trabajar para eliminarla, así como promover relaciones igualitarias de respeto y cuidado, previniendo una cronificación de los patrones violentos. Además, las características mencionadas de los jóvenes y de sus relaciones de pareja dificultan de varias maneras su entrada y su participación en los programas existentes de intervención con hombres que maltratan, los cuales junto con los agentes sociales y

educativos necesitan adaptarse para dar respuestas adecuadas a su inclusión” (Geldschläger, Ponde, & Ginés, 2009).

Diferentes estudios demuestran que la juventud y especialmente los chicos tienden a no identificar la violencia contra la pareja como tal sino a normalizarla o naturalizarla.

Ciertos estudiosos argumentan que la violencia de género está mucho más presente en las relaciones de pareja entre jóvenes que entre adultos, con más del 50% de relaciones con violencia psicológica y más de 30% con violencia física (Heinrich Geldschläger, Ponde, & Oriol Ginés, 2009).

La mentalidad “machista”, que subyace tras la violencia de género, destaca como su principal condición de riesgo desde la adolescencia. La prevención debe centrarse en dicho problema y evaluar su eficacia en torno a indicadores fiables sobre su superación (Díaz-Aguado, & Carvajal, 2011: 391). Las personas adolescentes piensan que solamente la violencia sexual y física lo son frente a la verbal que no es violencia.

Veamos algunos problemas detectados en los adolescentes:

- Justifican en cierto sentido la violencia de género.
- Justifican el sexismo y la violencia como reacción.
- Tienen más dificultad para reconocer como maltrato las situaciones de abuso emocional con las que suele iniciarse.
- Menor edad en el inicio de las relaciones de pareja (de seis meses menos por término medio).
- Menor percepción de control sobre lo que se vive y en la capacidad para tomar decisiones (indicadores de menor empoderamiento) (Díaz-Aguado, & Carvajal, 2011: 392-393).

Autores como Antonio Martínez (2009) han analizado algunas premisas necesarias para apoyar el tránsito de los varones jóvenes hacia modelos de masculinidad más igualitarios, hacia otras maneras de ser y sentirse hombres que no conlleven el ejercicio de la dominación y el poder como una forma de mantener privilegios, y se han centrado en cómo deconstruir y construir la masculinidad adolescente utilizando el grupo de iguales como motor de cambio. Así se preguntan “¿cómo prevenir conductas de violencia hacia las mujeres por parte de los varones



jóvenes? (...) una de las mejores formas de hacerlo es modificar el modelo masculino hegemónico, que la justifica y la sustenta” (Martínez, 2009).

Y si bien, hay que atender a los adolescentes hombres para mostrarles otras formas de ser hombres no machistas sin renunciar por ello a la masculinidad, a las chicas, por su parte, hay que formarlas y asistirles para que del mismo modo sepan reformular su identidad femenina bajo nuevos modelos de ser mujer sin su sustrato machista que las llevó, en gran medida, a ser víctimas de violencia de género. Dirán ciertos expertos que “un análisis del proceso reparador resulta indispensable para la recuperación del trauma de las jóvenes sometidas a la violencia machista. La acción del Feminismo es clave para el buen éxito en la recuperación traumática. Y, en suma, la eficiente aplicación de las dos últimas leyes (Medidas de Protección e Igualdad efectiva) será decisiva (no obstante la resistencia que algunos oponen) para liberar de la violencia de género a las nuevas generaciones” (Pérez del Campo, 2009).

En opinión de Lorente (2009: 15):

la violencia de género nace de la construcción de las identidades de hombres y mujeres a partir de referencias distintas basadas en la desigualdad, y del reconocimiento o rechazo social según se ajusten o aparten del modelo establecido. La situación debe cambiar y conforme el desarrollo social ha permitido incorporar nuevas referencias sobre las que conseguir un reconocimiento, muchas de las nuevas identidades se levantan no sobre los valores tradicionales, sino sobre su cuestionamiento. Hasta que la transformación social permita que la juventud llegue a un contexto de socialización donde esta se lleve a cabo sobre nuevos modelos, son los jóvenes y las jóvenes quienes tienen a su alcance romper con el modelo tradicional a través de su cuestionamiento crítico, y ello siempre exige acción, nunca espera y pasividad.

Reflexiones

En este texto hemos lanzado algunas ideas y reflexiones sobre el modo en que los antropólogos sociales y culturales analizan la edad y en concreto la juventud y la adolescencia. Por ello, hemos destacado el importante papel que se le da a los patrones culturales, a los agentes socializadores y a los procesos de endoculturación en la conformación identitaria de las nuevas generaciones. Pues, como es sabido, es



a través del propio entorno familiar, educativo, y de relaciones con iguales, como los adolescentes van aprendiendo a configurar su propia identidad social. En este proceso, los roles de género tienen un papel primordial. De ahí, que sea sumamente importante ver cómo la televisión, el cine, los juegos, la publicidad, internet etc. reflejan y por lo tanto educan a nuestros jóvenes sobre cómo han de ser las relaciones intergénero (igualitarias o desiguales entre mujeres y hombres), dentro y fuera de la pareja, en el entorno laboral, etc. Y, como ya hemos expuesto, será esencial analizar los mensajes que seguimos dando a nuestros adolescentes sobre cómo se establecen las relaciones de pareja de manera igualitaria sin los microabusos sexistas ni micromachismos, que sustentados en falsas ideas de celos, posesión, control, sumisión, chantajes emocionales, y falso amor, desembocan, en muchas ocasiones, “para nuestro asombro” en episodios preocupantes de violencia de género machista en estas nuevas y “modernas” generaciones jóvenes.

En estudios muy recientes realizados en España, autoras como M^a José Díaz-Aguado y M^a Isabel Carvajal (2011: 387) defienden que “el reconocimiento del papel crucial que la educación puede y debe desempeñar en la superación del sexismo y la violencia de género es hoy generalizado en nuestra sociedad, que suele destacar la necesidad del cambio generacional desde la educación como la herramienta fundamental para superar estos problemas. Pero llevar a la práctica este principio es más difícil de lo que suele suponerse. No basta con que la escuela no sea sexista, sino que exige contrarrestar influencias que proceden del resto de la sociedad, erradicando un modelo ancestral de relación, basado en el dominio y la sumisión, que tiende a reproducirse de una generación a la siguiente a través de mecanismos fuertemente arraigados. En función de esta dificultad puede explicarse que junto a los grandes avances hacia la igualdad detectados en este estudio, siga existiendo una importante resistencia al cambio, que es preciso delimitar con rigor y precisión para poder así poner los medios que contribuyan a su superación. Estos medios exigen la cooperación del conjunto de la sociedad”. Efectivamente hay que tener presente además que “el logro de la igualdad y la prevención de la violencia de género están estrechamente relacionados con otros objetivos destacados como prioritarios para mejorar la sociedad: erradicar el abuso y el empleo de la fuerza como modelo de relación y prevenir situaciones de riesgo, ayudando a la generación que está en la adolescencia a encontrar su lugar en el mundo sin dominio ni sumisión (Díaz-Aguado, & Carvajal, 2011: 387).



Hemos de destacar el importante papel socializador que los medios de comunicación tienen en estos asuntos que venimos exponiendo. Compartimos así la idea de que “la alfabetización audiovisual aplicada a este tipo de narraciones se impone entonces como una urgente tarea pedagógica: es necesario ayudar a los públicos más jóvenes a desarrollar destrezas de detección y análisis de aquellos elementos que, desde las pantallas, puedan estar instalando determinados patrones peligrosos en lo concerniente el reparto de roles de género o las estructuras de relación amorosa. Como actividad integrable en programas de prevención de violencia de género, proponemos un modelo con el que promover el análisis y la reflexión crítica de los relatos que abordan las definiciones culturales de enamoramiento y vida en pareja. Sus objetivos principales son despertar la alerta en contextos educativos ante determinados modos con que estas narraciones pueden asentar ciertos enunciados y modelos, a la vez que propiciamos el debate y la reflexión en torno a los estereotipos y presiones culturales que afectan a la identidad, los derechos y la seguridad cotidiana de muchas mujeres” (Falcón, 2009).

Por un lado desde hace años nos ha interesado la relevancia que el cine (Téllez, 2002) y la publicidad (2012) tienen en la socialización y la trasmisión de los modelos de género entre los jóvenes. Respecto a la publicidad, es especialmente necesario su análisis desde la perspectiva de género. Como ya hemos reivindicado (Téllez, 2012) como se advierte en el estudio realizado en 2009 por Red2Red Consultores para el Ito. de la Mujer “en sociedades altamente mediatizadas como la española, la publicidad posee una incidencia incuestionable en la elaboración de representaciones compartidas, además participa de la construcción del espacio público e influye en la delimitación de experiencias socialmente compartidas. Desde este punto de vista, hoy sigue siendo imprescindible el estudio de las representaciones publicitarias y sus efectos socioculturales, más aún en relación a una dimensión como el género, que constituye un territorio de transformación social de primer orden” (Rodríguez, Saiz, & Velasco, 2009:11).

Por su parte, el cine nos permite realizar un acercamiento antropológico a las películas centrándonos entre otros aspectos en las relaciones de sexo-género analizando los discursos de diversas producciones cinematográficas, con el fin de desvelar la construcción del sexo social, las representaciones ideológicas de género (lo “masculino” y lo “femenino”) y la construcción cultural de la sexualidad (regulación, normatización, creencias, mitos, transgresiones y desviaciones de la norma). Pues consideramos que es el conocimiento antropológico, con su carácter global,



comparativo y multidimensional, su especial interés de contextualización en el espacio y en el tiempo y su enfoque de relativismo cultural, el que nos ofrece la clave para comprender los orígenes de la desigualdad social basada en el sexo y las diversas orientaciones sexuales que podemos analizar a través de las películas (Téllez, 2002).

Para concluir, invitamos a nuestros lectores a reflexionar sobre los modelos de feminidad y masculinidad, y las relaciones de género dentro del ideal de pareja y amor romántico que películas y dibujos animados, por ejemplo, de Disney han transmitido y siguen transmitiendo a los niños y adolescentes en la actualidad. Pues, como bien apunta Laia Falcón “en torno a la historia de amor de unos personajes muchas narraciones abordan asuntos clave para nuestra identidad personal y social, como son los factores que hacen deseable una relación, los obstáculos y renuncias que anteceden al encuentro feliz de una pareja o la propia definición cultural de las mujeres y los hombres que logran ser amados. Gracias al enorme poder de difusión de los soportes audiovisuales, algunos de estos relatos instalan socialmente las características y los patrones conductuales de sus personajes hasta convertirlos, muchas veces, en pautas normalizadas: nos proporcionan esquemas y modelos con los que elaborar y narrar nuestra propia experiencia y pueden conducirnos, por lo tanto, a determinados modos de interpretar y condicionar nuestra realidad cotidiana” (Falcón, 2009).

Referências Bibliográficas

- Alberdi, I., & Rojas, L. (2005). *Violencia: tolerancia cero*. Barcelona: Fundación “La Caixa”.
- Bourdieu, P. (1990). La dominación masculina. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (84).
- Bonino, L. (1995): Los micromachismos en la vida conyugal. In J. Corsi. *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.
- Bonino, L. (1998). Desconstruyendo la "normalidad" masculina. *Actualidad Psicológica*, (254), 25-27.
- Díaz-Aguado, M.J. (2002). *Prevenir la violencia contra las mujeres: construyendo la igualdad. Programa para Educación Secundaria*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer.
- Díaz-Aguado, M.J., & Carvajal, M.I. (Dir.) (2011). *Igualdad y prevención de la violencia de género en la adolescencia*. Delegación del Gobierno para la Violencia de



- Género. Nº 8, Colección *Documentos contra la violencia de género*. Madrid: Ed. Ministerio de Igualdad.
- Falcón, L. (2009). ¿Cómo tengo que ser para que me quieras? La construcción del enamoramiento en los relatos cinematográficos: propuesta de un modelo de alfabetización audiovisual para la prevención de la violencia de género. *Revista de Estudios de Juventud*, 86, 65-81.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. In J. Prat, & A. Martínez. (aut.) (1996). *Ensayos de antropología cultural*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Feixa, C. (2011). Unidos por el flog: ¿ciberculturas juveniles? *Rev. Nuevas Tendencias en Antropología*, (2), 16-36.
- Geldschläger, H., Ponde, A., & Ginés, O. (2009). Jóvenes en la intervención para hombres que ejercen violencia de género: dificultades y propuestas. *Revista de Estudios de Juventud*, (86), 197-215.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Gutmann, M. (1998). Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Revista de estudios de género. La ventana*, (8), 47-99.
- Hernando, A. (2007). La prevención de la violencia de género en adolescentes. Una experiencia en el ámbito educativo. *Rev. Apuntes de Psicología*, 25(3), 325-340.
- Jociles, M. I., Franzé, A., & Poveda, D. (Eds.) (2011). *Etnografías de la infancia y de la adolescencia*. Madrid: Catarata.
- Jociles, M. I.; Franzé, A. y D. Poveda (2011) "El estudio etnográfico de la infancia y de la adolescencia: posibilidades y retos" en M. I. Jociles; A. Franzé y D. Poveda (Eds.) *Etnografías de la infancia y de la adolescencia* (pp. 9-36). Madrid: Catarata.
- Jociles, M.I. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general. *Rev. Gazeta de Antropología*, (17), 17-27.
- Kimmel, Michael S. (1987). Rethinking 'masculinity': New direction in research. In Michel S. Kimmel (Ed.). *Changing men: New directions in research on men and masculinity*. Newbury Park, CA: Sage.
- Lahire, B. (2007). Infancia y adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples. *Revista de Antropología Social*, 21(16), 21-38.
- Lorente, M. (2009). ¡Me alegro de reconocerte! Juventud, identidad y violencia de género. *Revista de Estudios de Juventud*, (86), 15-28.

- Laqueur, Thomas (1994). *La construcción del sexo*. Barcelona: Cátedra. [1990 *Making sex, body and gender from Greeks to Freud*. Harvard University Press].
- Makepeace, J.M. (1981). Courtship violence among college students. *Family Relations*, (30), 97-102.
- Marí-Klose, P., & Marí-Klose, M. (2006). *Edad del cambio: Jóvenes en los circuitos de solidaridad intergeneracional*. Madrid: CSIC.
- Martínez, A. (2009). Prevenir la violencia cambiando la forma de ser hombre entre los jóvenes. *Revista de Estudios de Juventud*, (86), 177-194.
- Martínez Guirao, J.E. (2010). El cuerpo en las artes marciales. Confluencias y divergencias entre Oriente y Occidente. In J.E. Martínez Guirao, & A. Téllez (2010). *Cuerpo y cultura* (pp. 109-132). Barcelona: Ed. Icaria.
- Martínez, L. (2011). Reseña de "Etnografías de la infancia y de la adolescencia" de M.I. Jociles, A. Franzé, A., D. Poveda (Eds.) (2011). *Etnografías de la infancia y de la adolescencia*. *Revista de Antropología Social*, (20), 412-416.
- Moreno, E., & Vélez, E. (2008). Análisis de la violencia hacia las niñas. Un estudio de casos en un colegio de primaria. *Rev. Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, (3), 105-124 (Ejemplar dedicado a: Violencia contra las mujeres: las dimensiones de la desigualdad / coord. por Ana Isabel Blanco García).
- Otegui, R. (1999). La construcción social de las masculinidades. *Rev. Política y Sociedad*, (32). Madrid, UCM.
- Pérez del Campo, A.M. (2009). Las jóvenes frente a la violencia de género. *Revista de Estudios de Juventud*, (86), 83-98.
- Price, E.L., & Byers, S.E. (1999). The attitudes towards dating violence scales: development and initial validation. *Journal of Family Violence*, (14), 351-375.
- Rodríguez, P, Saiz, V., & Velasco, M.L. (2009). *Tratamiento de la variable género en la publicidad que se emite en los medios de titularidad pública*. Madrid: Ed. Instituto de la Mujer (Ministerio de Igualdad) España.
- Téllez, A. (coord.) (2002) *Cine y antropología de las relaciones de sexo-género*. Alicante: Ed. Diputación provincial de Alicante. España.
- Salas, J., & Rusiñol, P. (2010). La generación perpleja. In *Público.es* <http://www.publico.es/espana/298697/la-generacion-perpleja>
- Téllez, A. (2001). Trabajo y representaciones ideológicas de género. Propuesta para un posicionamiento analítico desde la antropología cultural. *Rev. Gazeta de Antropología*, (17),17.



Téllez, A. (Coord.) (2002). *Cine y antropología de las relaciones de sexo-género*. Alicante: Ed. Diputación provincial de Alicante. España.

Téllez, A. (Coord.) (2012). *La imagen de hombres y mujeres en la comunicación*. Elche: Ed. Universidad Miguel Hernández de Elche. España.
<http://ve.umh.es/blogs/sieg/ImagenHombresMujeres.pdf>

Téllez, A. & A. D. Verdú (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, (2), 80-103.

Webgrafía

“La violencia de género en las parejas jóvenes”. Video campaña contra la violencia de género. <http://www.youtube.com/watch?v=unKlgXrQXNU> (0:47 minutos)

“El amor no debe doler” <http://www.youtube.com/watch?v=gYTVgqC02r4> (1:08 minutos)

“El final del cuento de hadas”. <http://www.youtube.com/watch?v=XYItop9ju8Y> (4:21 minutos) Videoclip realizado por Felipe G. Gil miembro del colectivo zemos98 para el rapero Chojín.